

Familia de suicidas

Sealtiel Alatraste

1961: Ernest Hemingway, el genial escritor de la llamada Generación perdida, se suicida en su casa.

Dicen que una grave depresión lo acosaba, no dormía, bebía más que nunca, le costaba trabajo sentarse a escribir y la última novela que descansaba sobre su escritorio se negaba a entregarle sus secretos. *El jardín del Edén*, se titulaba, nombre curioso para describir su temporada en el infierno. El sol de Ketchum, Idaho iluminaba la fachada de su casa, es posible que la viera desde lejos, que le cegara la luz que espejeaba sobre el cielo transparente. ¿Qué pensó?, ¿sabía lo que hacía?, ¿lo tenía planeado? Era una de las tantas mañanas apacibles del Caribe pero él, desesperado, entró a la habitación en donde guardaba sus armas, tomó una escopeta, e igual que lo había hecho su padre, se disparó un balazo en la garganta y murió inmediatamente. Ernest pertenecía a una familia de suicidas y hay quien asegura que estaba condenado a terminar así: a no poder eludir el sino de su especie. La lista de los Hemingway que se han quitado la vida es larga y después de él otros han seguido el mismo camino. Hace pocos años, para citar el caso más sonado, la modelo Margaux Hemingway siguió el ejemplo de su abuelo y también se suicidó.

De voto de su literatura desde hacía muchos años, en un viaje a Chicago llevé a mis hijos a conocer la casa en que Ernest Hemingway creció en Oak Park, Illinois, muy cerca de Chicago, y les conté la historia de su suicidio. Lo tenía todo, les dije, fama, prestigio, amor; había sido un famoso periodista, organizó safaris con aire legendario y le habían concedido el Premio Nobel. Es un misterio: habiendo logrado sus propósitos se dio un balazo en la garganta.



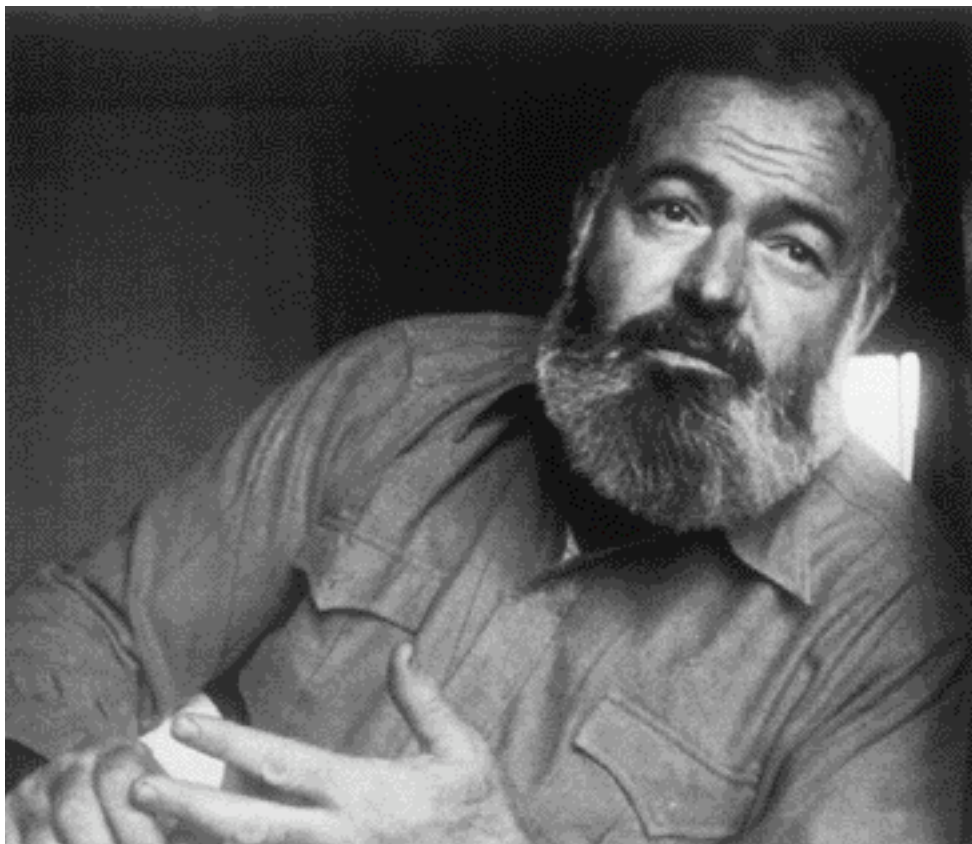
Oak Park es un pueblo espléndido que crece en medio de un bosque, con la zona de los grandes lagos a tiro de piedra. No es de extrañar que habiendo crecido en esos parajes, el joven Ernest tuviera tal fascinación por los deportes y las actividades al aire libre. La nutrida arboleda proyecta un cierto tono melancólico pero el formidable aire que la anima lo obliga a uno a, cuando menos, empezar a correr. Estando en su casa tuve la sensación de que, como cualquier norteamericano de su generación, Hemingway debió pensar que tenía el mundo a sus pies. Fue un estadounidense en regla, heredero del aliento épico de Melville, que tenía una facilidad inaudita para las frases cortas. Desde sus años de estudiante podía transmitir una noticia con unas cuantas palabras cargadas de emoción. Aquel mundo en que vivía, para él más que poblado de lecturas que de imágenes idílicas, fue la fuente de un cúmulo de frases certeras. En sus primeros cuentos, el lenguaje, *su lenguaje*, contiene una fuerza que



para reeagotar la vida, pero también desvela que el frenético deseo de lucha que esconden sus primeras anécdotas, la incansable pasión por la violencia que desarrollaría a lo largo de su vida, más que búsqueda era una huida, un continuo alejarse de algo que lo atormentaba en los parajes de sueño de Oak Park. Quizá desde entonces escapaba de la imagen de su padre muerto, y su gusto por el peligro lo llevó a encontrarse con su imagen en un espejo y reconocer en sí mismo los rasgos del suicida del que había querido escapar toda su vida.

Pienso en ese instante en que cegado por la luz del sol entró al salón donde estaban sus armas y no puedo dejar de imaginarlo. Es una imagen que me persigue desde que estuve en su casa de Oak Park y le conté a mis hijos su suicidio. Viene bebido, siempre está bebido, oscilando entre la sobriedad y la borrachera. Observa la vitrina donde están sus escopetas. Hace mucho que no va de caza, los años del safari al centro de África se han acabado, pero él sigue guardando

un cariño especial por sus armas. Antes de abrir la vitrina distingue su reflejo en el vidrio. Ve sin querer esa imagen que se había hecho famosa en el mundo entero: la cara rechoncha, la barba blanca, hirsuta, cubriéndole las mejillas, y el enjambre de arrugas retocando su mirada soñadora. “Papá Hemingway”, se dice con una ironía que resulta insolente. ¿Es él o es su padre?, ¿a quién pertenece la imagen que lo observa transparentándose en el espejo? Quizás entonces, buscando la razón de su imagen, recordó su estancia en el hospital, durante la Gran Guerra, cuando se recuperaba de la herida en una pierna que lo iba a molestar toda la vida, donde sostuvo amores con la enfermera que lo cuidaba, aquella enfermera que pasaría a la historia por el simple hecho de, tal vez, haberse acostado con él. Esos amores de hospital, ciertos o no, tuvieron un efecto devastador en su personalidad: lo volvieron un galán de leyenda y le harían creer que la vida de reportero de guerra animaba al novelista que anhelaba ser. Aunque a lo mejor su imagen le hizo repasar los largos años de penuria en París, cuando efectivamente quería convertirse en escritor profesional y alentado por Scott Fitzgerald y Gertrude Stein garabateaba frases en un cuaderno escolar sentado en los cafés de la ribera izquierda del río Sena. Tal vez pensó en las corridas de toros que presencié en Pamplona —“Si a alguien no le gusta ver a un caballo destripado, que no se pare por una plaza”, había dicho un día— donde tuvo la imagen de la belleza que se esconde en la violencia, o mejor, de la posibilidad de morir violentamente. Se pudo recordar en la calle Estafeta, una mañana de las festividades de San Fermín, cuando dejaban salir al encierro de ese día y los mozos corrían frente al toro para tener un atisbo de la gloria. O tal vez recordó las muchas mañanas en La Habana, cuando a las doce en punto llegaba al Floridita para tomarse un *daiquiri* porque, como decía al cantinero, había cumplido con sus seis horas



diarias de escritura. Se sentaba en un extremo de la barra y el *barman* le preparaba el famoso coctel con ron y licor marrasquino que, dicen, él mismo inventó. Cruzaba los dedos sobre la barra tratando de ocultar la temblorina que desaparecía después del primer trago. Es posible, aún, que haya pensado en los largos paseos en su yate, cuando el crepúsculo incidía en la inmensidad del mar Caribe y la tranquilidad azul cobalto del cielo parecía cobijarlo para siempre. Tal vez evocó las largas travesías tras la huella de un pez espada que le habían inspirado las aventuras de su viejo y el mar, una fábula tristona que la revista *Life* convirtió en el primer *best seller* de un millón de copias.

Ernest Hemingway había vivido, y mucho; había amado a cuanta mujer se le cruzó sin haberse quitado del todo el miedo que siempre le inspiraron; el pobre había tenido que abandonar a sus esposas porque se enamoró de otra, la culpa de sus nuevos

amores lo corroían y siempre se sintió obligado a casarse con quien estaba enredado. Había dominado su lengua imponiéndole un ritmo a la prosa inglesa que nunca tuvo antes, había viajado, había bebido hasta hartarse, había hecho amigos y fortuna, pero ahí estaba el reflejo de su derrota: el recuerdo de su padre.

No sé por qué, siempre he preferido pensar que fue un descuido fatal, un acto melancólico, si se quiere. Abre la vitrina, toma su arma predilecta, empieza a limpiarla con una franela que encuentra en un cajón. La quiere, es la escopeta que lo ha acompañado en muchas cacerías. La acaricia, y por un descuido, sin quererlo del todo, se le escapó un disparo. En cualquier caso, me pregunto en qué pensaba un hombre que parecía haber cumplido con todas sus ilusiones en el preciso momento en que el fogonazo de la escopeta nubló su vista. ■

Era una de las tantas mañanas apacibles del Caribe pero él, desesperado, entró a la habitación en donde guardaba sus armas y tomó una escopeta.